

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Héctor Justino Hernández
justin_cmr4@hotmail.com

“El nombre junto al fuego”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 62, octubre-diciembre de 2022, pp. 14-15.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

EL NOMBRE **junto** al fuego

Héctor Justino Hernández

La habitación que rentaba, más una zahúrda que un aposento, olía al ácido tufo del temor. La Chata iba de la puerta al fondo y de regreso en un vaivén interminable. ¿Acaso vendrían por ella esa noche?, se preguntaba, ¿la habrían denunciado también? Si caía frente al tribunal de la Inquisición nadie podría ayudarla, ni siquiera el sargento. Porque él, como peninsular, gozaba de ciertas atenciones que la Chata jamás tendría; y por supuesto que no iba a poner en juego su carrera militar solo por salvarla, de eso estaba segura. No se lo hubiera reprochado ni mucho menos.

Su sargento. Apenas dos noches atrás lo vio cerca de San Lázaro, en una de las partes que estaban ya casi saliendo de la ciudad. Se encontraron en el monte, a la vera de una senda, y después se fueron juntos, caminando por las sombras, hasta su vivienda, donde lo dejó cabalgarla. De solo recordarlo, sintió una extraña alegría.

Afuera, un grupo de personas pasó por la calle. De inmediato su cuerpo se preparó para una irrupción carcelaria. Imaginó a los soldados, allanando el piso de su hogar, rompiendo el brase-ro, destrozando su petate, listos para llevarla a rastras. Pero el gru-

po continuó de frente, sin siquiera rozar su puerta.

Decían en las calles que Cotita había dado más de cien nombres, que la lista se alargaba entre folios y folios de papel. Otros decían que eran más de mil. La Chata ya sentía la condenación eterna y el fuego, no del Diablo, sino de la hoguera encendida por el señalamiento del tribunal. De pronto, un golpecillo suave, casi inaudible, se escuchó en su puerta trasera, la que daba al patio donde tenía sus gallinas. Reconoció en el ruido y en la quietud de los animales una presencia esperada. Preguntó en un susurro la identidad del visitante y recibió como respuesta la voz de su sargento. Corrió a abrir para recibirlo.

Vestido con una casaca oscura, algo vieja, entró en la estancia y la miró. Bastaron algunas palabras para comprender que ambos conocían las noticias y temían por igual. Hasta ahora los arrestos se habían ceñido a las clases bajas, pero de un momento a otro cualquiera podía verse involucrado. Otro grupo de gente, tal vez animada por el alcohol, pasó afuera cantando algunas coplas licenciosas. Luego de un momento en el que se dijeron palabras de mutuo cariño, su sargento le contó algo

que ella no sabía por haberse encerrado desde la mañana: las sentencias estaban dadas, a Cotita, Señora La Grande y otras las iban a quemar al amanecer.

Bastó un segundo para que Chata se decidiera a salir para no dejarlas solas, al menos en la distancia. Se acercó a su amante y lo abrazó en un intento por aminorar su angustia. El sargento le correspondió con un beso. Sus bigotes se unieron con el encanto de quien busca un consuelo en el otro.

Al poco rato, Chata encendió una vela, avivó el fuego y preparó un atole. Después, se sentó en el piso y echó algunas tortillas en el comal.

Una presión en el pecho que la hacía sentir al borde del llanto se le aposentó bien hondo: temía por el castigo de sus amigas. Pero no quiso hacérselo saber al Sargento para no preocuparlo. Terminó de hacer el desayuno y después comieron en silencio.

Salieron cuando ya el sol se asomaba en las montañas y el Valle de México dejaba atrás las tinieblas. Trataron de caminar juntos, pero no demasiado cerca, de modo que, quien los viera, pensara en ellos como en amigos nada más. Chata había dejado por un momento su nombre junto al fuego y volvió a llamarse Santiago.

Por las calles empezaron a discurrir grupos animados de gente, algunos bebidos, otros simplemente llenos de curiosidad. Se dirigían a la cárcel donde tenían a los sométicos para verlos salir y conocer, de una vez por todas, a quienes atentaban contra la naturaleza y contra Dios. La ciudad se despezó y las personas comenzaron a formar corrillos frente a las cantinas, las estancias y los vecindarios numerosos. En algunas partes se respiraba un ambiente celebratorio que resultaba en risas, bromas y juegos. Las altas construcciones, con sus techumbres rojas, los palacios de importantes comer-

ciantes y nobles con cargos públicos, las tiendas de criollos, todas las puertas y ventanas, se agitaron con la llegada del día.

La Chata, con su disfraz de hombre que a ojos de otro parecía su ropa de diario, y el Sargento, con su traje deslavado por el uso, atravesaron rumbo a la cárcel la cada vez más compacta afluencia. Trataban de comunicarse con la mirada, sin hablar demasiado para que no fueran a descubrirlos en un mal movimiento.

Cuando el sol ya estaba en su cenit, las sacaron en procesión por las puertas principales. Allí estaban Cotita y Señora con la frente en alto, hechas un remiendo de lo que eran, pero firmes aún. Detrás, las otras, que no parecían tan seguras de sí mismas, y avanzaban con el peso de la tortura y las cadenas, las seguían de cerca. Desde el primer momento la muchedumbre prorrumpió en carcajadas, gritos o espanto. No podían ser personas tan normales.

Chata las siguió en su procesión a lo largo de las calles hasta San Lázaro, mientras los insultos, los escupitajos y las porquerías llovían sobre ellas. Sus compañeras, sus conocidas, sus amigas. Quiso acercarse al Sargento, pero este, impertérrito, con la mirada a veces fija al frente, a veces baja, continuó avanzando con la multitud.

Algunas iglesias comenzaron a tocar sus campanas y, por un momento, poco antes de llegar a su destino, se sintió como en la Pascua, en pleno Domingo de Resurrección. Casi esperaba ver a sus amigas convertidas en disciplinantes y a ella, ataviada como un canónigo, lista para guiarlas hasta la catedral.

En la plaza de San Lázaro, los atajos de leña aguardaban. Cuando al fin llegaron, las quince fueron conducidas una a una hasta sus respectivos lugares.

A lo lejos, las montañas aguardaban silenciosas, mas allí el griterío y la profusión de personas era



Helena Neme: *Cucharita*

insuportable. Chata escuchó cómo los supremos del tribunal leyeron en voz alta las sentencias ante una multitud poco atenta a los discursos. A ellas no se les permitieron palabras finales. Una vez que los dignatarios guardaron silencio, se procedió a encender la leña.

Allí, entre la multitud atiborrada, frente al horror de la muerte por fuego, Chata quiso retroceder, pero no pudo. Miró a su alrededor en busca de una salida y descubrió al Sargento a su lado. Firme, dispuesto a no cerrar los ojos. Ella, en cambio, sí lo hizo y bajó la cabeza, confundida, aterrada. De pronto,

un dedo rozó su mano y se enganchó en los suyos. Era el calor que necesitaba, la misiva de que no estaba sola. El Sargento, arriesgándose a ser visto, le mandaba una señal de su presencia. No abrió los ojos, pero escuchó los gritos, tuvo miedo, pero también la convicción, muy en el fondo, de que al menos por ahora no irían tras ella. **LPyH**

Héctor Justino Hernández (Córdoba, Ver., 1993) es autor de *Dimorfismo* (2019), *La máscara de Miguel* (2021) y *La isla que nos llama* (2021).